

el cañonazo de las 9

un sevillano que da la hora

NESPERADO, retumbante, ensordecedor, el cañón-reloj de la Cabaña acaba de dar su hora. Las nueve de la noche. El vómito iluminado de su estómago de hierro y el estruendo atronador de su garganta seca, tienen una santa virtud para los habitantes de la Habana y sus alrededores: cronometrizar.

A esa hora, en ese instante mismo, todos los tenedores de reloj, de un modo mecánico, casi inconsciente, llevan ante los ojos el "ingresol" de bolsillo o el "suizo" de pulsera. Es una ley, precisamente por ser costumbre, y sólo dejan de hacerlo los que no usan reloj o los que poco o nada se preocupan de la hora y minuto en que están viviendo.

¡Admirable espectáculo podría presentarse, si fuera posible ver, a un mismo tiempo, cómo los portadores de reloj consultan su hora con la que acaba de dar el viejo cañón de La Cabaña! Pero no es esto lo más curioso, sino que se hace preciso, generalmente, darle un poco de cuerda y ponerlo a tono. Porque, ya lo dice un antiguo axioma: "No hay dos dedos iguales ni dos relojes con la misma hora".

Desde pequeños, habíamos oído de "el cañonazo de las nueve". Ya mayores, en esta capital de Capitolio, comenzamos a escuchar, al principio con indiferencia y más tarde con interés, el famoso y venerable retumbar nocturno de las nueve pasado meridiano. Nuestro escaso espíritu analítico, hasta ayer, no nos había permitido preocuparnos del cómo y del por qué del cañonazo.

¿Quién no ha oído el disparo de La Cabaña alguna noche? ¿Hay alguien que, paseando por el Prado, por el Malecón, o en la casa cómodamente sentado, o al entrar en el cine no haya escuchado la detonación anunciadora de las nueve? ¿Quién al encender el cigarro, al bajar la acera, al tomar el refresco o al dirigirse a una dama no se ha detenido un segundo, al sentir la explosión, para precisar la exactitud de su reloj?

Como todo en la vida tiene su fin, nuestra indiferencia lo tuvo uno de estos domingos que pasaron quieto y sacerdotales como los que estamos viviendo hace ya época. Temprano, poco después de las ocho de la mañana, tomamos en el Muelle de Caballería una lancha que nos llevó al otro lado de la bahía. El mar, agitado y resplandeciente, mantuvo, durante el viaje, en un constante vaivén a nuestra pequeña embarcación.

Subimos los ciento y tantos escalones que separan y unen a la base con la loma de la fortaleza, y nos hallamos frente a frente, tras la pesada reja de la entrada arriba, con un soldado que hacía la imaginaria de turno. Presentado el pase, llegamos donde el jefe del Séptimo Distrito, coronel César Cruz Bustillo.

Este ordenó la presencia del sargento más antiguo del lugar. Breves minutos después, estaba entre nosotros Ramón Garcés, sargento, de Santiago de Cuba, que lleva en La Cabaña, —y cuando vino ya estaba en el Ejército— más de 22 años. Bajito, amable y documentado, nos prestó el excelente servicio de información que sirve de

tema a este trabajo.

Nuestro guía nos llevó al baluarte de las salvas. En él: una hilera de cañones, viejos, grises, montados a la grupa de bancos esqueléticos de madera, que parecían los gigantes dientes de una enorme boca que ríe. 21 piezas de artillería, españolas, hermanas, que vigilan desde la loma a la bahía y a la ciudad, como en un perenne afán de centinela, asoman por las aspilleras de la pequeña muralla sus largas bocas de tunel. Son los guardianes de antaño, que se resisten a abandonar sus posiciones.

Y el sargento Garcés, haciendo un alto en el camino, nos señala con la mano al primero de esos guardianes de antaño. Lleva en su cabalgadura un número blanco: el 1. ¡Estábamos cara a cara ante el incógnito cañón! Tranquilo, como una fiera domesticada ante el domador sereno y decidido, admitió nuestra presencia sin una señal de protesta.

Nos acercamos. Lo inspeccionamos por todas partes, y leímos en su espalda una inscripción: "Sevilla. Solano Fecit. 1736". Por tanto, había sido fabricado hace 196 años, casi ya dos siglos de existencia. Es de hierro macizo, de un color gris por la acción del tiempo, como dijimos antes, de unos dos metros de largo. Es el jefe de la sección que da las salvas cuando hay visitas oficiales o duelos patrios.

Garcés nos explica que la guarnición de La Cabaña tiene un batallón de salvas, con sus soldados, clases y oficiales, que cumple la misión de disparar los 21 cañonazos de rigor que ya todos más o menos conocen por la frecuencia con que se han verificado. Y de ese batallón es que se hacen los turnos, las guardias, para cumplir la misión cronométrica de marras.

—Sargento: ¿quiere usted explicarnos la preparación y el funcionamiento del cañonazo?

—Seguramente. El Cuerpo de guardia nocturno tiene en las oficinas un cronómetro, por el que se guía para dar el aviso a los artilleros de turno. A las nueve menos un minuto, la guardia ordena a un soldado, corneta, que toque "silencio". Ese toque es para prevenir a los artilleros que deben estar alertas, pendientes, de los segundos que faltan para la hora.

Ya, antes, por la boca, se ha sacado en el estómago del "sevillano" un par de libras de pólvora, con el correspondiente taco para aprisionar debidamente el explosivo. En la parte superior, detrás, donde está el mechero, se coloca un estopín. Este es el encargado de facilitar la explosión, por el contacto interno que tiene con el explosivo.

—Y, ¿no hay peligro en ello, sargento?

—Ninguno. La pólvora no lo ofrece, mientras no se produzca la chispa que proporciona el contacto del estopín con el tiraflector que opera el cabo artillero. Antes de hacer el disparo, un cuarto de hora casi, se ha tenido especial cuidado en que todo esté justamente dispuesto para el disparo. Y sin olvidar otro reloj, previamente consultado con el cronómetro de la oficina, que sostiene en la diestra el operador.

Con el aviso del corneta, los artilleros esperan inquietamente la llegada del minuterio al 60, que es cuando dan las 9. En ese mismo segundo, antes de que la manecilla llegue al número 1 porque todavía no ha partido del 60, el tiraflector funciona en el estopín, y el disparo, con fuego y detonación, avisa a los habaneros la hora.

Antes de seguir adelante, o sea antes de disparar nosotros el cañón de nuestra resaca,—que por cierto no hace el ruido del cañón original—pasemos a explicar los detalles relacionados con el cronómetro. El primero que se usó, tras el servicio de muchos años, fué retirado por inservible y fallador. El coronel Cruz Bustillo lo envió un buen día al Museo Bacardí, de Santiago de Cuba, donde se encuentra actualmente.

Este cronómetro es igual al que fué su sustituto por otro gran número de años, y que también fué retirado aunque no por inservible. Nos lo mostró Garcés en el depósito de materiales del Cuartel Maestre. Es un reloj marca "Losada", español, de metal amarillo y redondo, del tamaño de los despertadores corrientes. Está colocado en el fondo de una caja de madera, con una tapa de cristal para que pueda verse la esfera.

Este cronómetro, el segundo, injustamente licenciado del servicio, fué sustituido, a su vez, hace dos años justos, por uno eléctrico que instaló en las oficinas militares de La Cabaña la Cuban Telephone Company. Al decir del sargento Garcés, la eficiencia de uno y otro es la misma; pero el criterio de otros viejos soldados de la fortaleza es, que el antiguo, el "Losada", era más fijo, más certero.

—Y, ¿es posible, sargento Garcés, una precisión exacta en el disparo, sin que haya diferencia de segundo?

—Efectivamente. Todo está calculado. Es una labor matemática. Pero, si por una casualidad a la pareja de guardia se le escapara un solo segundo más del exacto, la orden superior es de no disparar ya el cañonazo esa noche. El quebrantamiento de esa orden podría significar un delito y tener, por consiguiente, su penalidad de arresto.

Eso sí: muy pocas veces se ha dejado de disparar, a excepción de las noches de tormenta, en que se hace imposible hacer funcionar al veterano artillero. Pero, aun así, se toman medidas para contrarrestar el mal tiempo. El cañonazo hay que "zumbarlo" de todos modos.

En nuestras investigaciones, para conocer el origen del cañonazo, averiguamos lo siguiente: cuando

guarnecían La Cabaña los militares españoles, se comenzó a disparar el "sevillano" a las 6 de la tarde, para anunciar a la población de la Habana que se iban a cerrar las puertas de la Muralla que cercaba a la ciudad. Después de esa hora, los requisitos de entrada ó salida eran más rigurosos.

Más tarde, unos cuantos años después, por orden del Jefe español de la fortaleza, se dejó de anunciar a las 6 y se empezó a disparar el metrallazo a las 8. Fue porque se había cambiado la hora del cierre de las puertas de la Muralla, que el Capitán General de la Isla dispuso que se variara.

Muchos años se estuvo disparando a las 8, hasta que una nueva orden militar de los españoles de La Cabaña hizo que se cambiara nuevamente, esta vez para las 9. Y fué, asimismo, que para esa hora se había pospuesto de nuevo el cierre de las famosas puertas capitalinas. Y noticiando la hora de las 9 se estuvo largos años, pues, según nuestros informantes, ya existía el cañonazo a las 9 cuando la época de Mister Magoon.

Mister Magoon, a quien parece que el estampido no hacía mucha gracia, disponía con frecuencia, al principio, la suspensión del disparo. Otras veces, ordenaba que se cargara el cañón con menos cantidad de pólvora, para que la detonación fuese más suave y no lo molestara tanto. Finalmente, ya acostumbrado Mister Magoon al ruido del "sevillano", dejó que éste continuara cumpliendo con su tradición anunciadora.

El sargento Garcés, que, como dijimos al principio, lleva en La Cabaña 22 años de servicio, nos aclara que cuando él vino a la fortaleza ya se disparaba el cañonazo a las 9, o sea a la misma hora que hoy. Amplió su información el amable militar que nos sirvió de guía: al instante del disparo, es perceptible, en los frentes de La Cabaña, al otro lado de la bahía, el fuego, la llamarada, el fagonazo del cañón.

La tierra, en las proximidades de la pieza de artillería, se conmueve, ese segundo que dura el disparo, como si quisiera desmenuzarse en pedazos. Pero, ¡ya nosotros estamos acostumbrados a esos rugidos y a esas conmociones! ¡No pasan de ser una salva!

A unos diez metros de distancia del cañón-reloj, vimos el departamento de explosivos, de estopines y de tiraflectores: una pequeña casa de mampostería y cantos, donde se halla almacenado el material utilizable para las salvas oficiales de los 21 cañones y para el disparo del histórico "Solano".

En nuestro afán de informar algo en relación con los detalles del cañonazo, ya que todo lo había expuesto el sargento Garcés con lujo de minucias, quisimos aclararle a nuestro guía que el estampido de las nueve no se oye a la misma hora en todos los alrededores de la Habana.

Y Garcés, documentado hasta en ese extremo, nos dice:

—Naturalmente. Teniendo en cuenta que el sonido corre a razón de 330 metros por segundo, tiene que tardar algún tiempo en llegar a la Vibora, a Marianao, al Vedado, etc. Calcule usted la distancia que hay entre La Cabaña y esos lugares, y sabrá exactamente la diferencia de segundos que hay en la percepción del disparo.

Garcés nos había acabado de convenecer.

Handwritten notes:
 dice
 187/31
 —



Una hilera de cañones, viejos, grises, montados a la grupa de bancos esqueléticos de madera, como si fueran dientes malos y gigantes de la boca de un río...

*Ortiz
Dic 18/31*

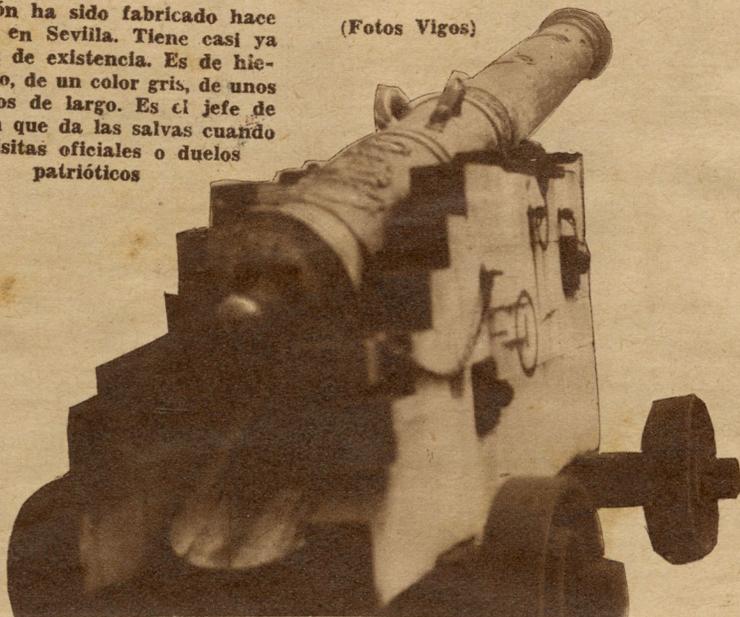


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4
(Fotos Vigos)

Este cañón ha sido fabricado hace 196 años en Sevilla. Tiene casi ya dos siglos de existencia. Es de hierro macizo, de un color gris, de unos dos metros de largo. Es el jefe de la sección que da las salvas cuando hay visitas oficiales o duelos patrióticos



10

Cybe
dic 18/31

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA